

ejecutarlas cuento con mi heroico ejército y con la lealtad de mis amados pueblos; bien seguro de que ni uno solo de vosotros al oír mi voz, al saber mi voluntad, se mostrará indigno de este suelo, de la justa y sagrada causa que defendemos, de las filas á que me glorío de marchar el primero para salvar el trono, con el auxilio de Dios, de todos sus enemigos, ó pe- recer, si preciso fuese, entre vosotros.

»Real de Vergara 21 de febrero de 1839.—CÁRLOS.»

Como al pasar el Rubicon, que franqueó Maroto el día en que se resolvió al cruento acto de Estella, había contado con la convivencia y ayuda de los generales, jefes de brigada y de cuerpos adictos á su persona y partícipes de su plan, logró en gran parte impedir la circulación de la proclama, que en varios puntos fué recogida por sus partidarios. Reunido que hubo las tropas y puesto á su frente, el audaz caudillo mandó leer en alta voz el decreto que lo declaraba traidor, y lo ponía fuera de la ley. Al terminar la lectura exclamó Maroto en alta voz dirigiéndose á los soldados: *Aquí me teneis, yo soy ese hombre que se os manda asesinar: haced todos y cada uno de vosotros lo que mejor os parezca; á nadie quiero comprometer en causa que me es personal; franco teneis el camino.*

Como antes de ser puesto en escena el drama había sido bien ensayado, los jefes de los cuerpos, á cuyo influjo daba crecimiento de valor el deseo de paz, sobradamente generalizado ya en las provincias, respondieron con aclamaciones á la breve, pero estudiada arenga del general. Los portadores del manifiesto de don Carlos, testigos de aquella escena, partieron con encargo de Maroto de anunciar al Pretendiente que se ponía en marcha para contestar personalmente á los cargos del manifiesto. La batalla estaba dada y la victoria había sido completa por parte de Maroto, antes de llegar á avistarse con don Carlos, toda vez que le seguía la gran mayoría de los batallones, entre los cuales, como igualmente en el país, la persona de don Carlos y su corte habían caído en el mas completo desprestigio.

Engreídos con el éxito del atrevido paso dado en Estella, y ebrios, por decirlo así, con la sangre de los corifeos del bando enemigo, era general entre los jefes, oficiales y tropa que seguían á Maroto el clamor de ir á la corte y limpiarla de los aliados y cómplices de los generales que acababan de ser fusilados.

Pero la sorpresa, la indignación, la rabia que en don Carlos y en su camarilla produjo la sorprendente nueva de la hecatombe de Estella, obraron en el ánimo de aquellos cortesanos, antes que el temor paralizase su ardiente deseo de vengar el hecho atroz, que miraban como una negra traición.

El primer impulso de la corte, ya lo hemos visto, fué de resistir, de oponer la fuerza á la fuerza, esperanzados en que el ejército y el país obedecerían á la, en su concepto, venerada voz del ofendido monarca. Pero no tardaron en apercebirse de que apenas tenían soldados de los que echar mano, y aunque el duque de Granada, ministro de la Guerra, ordenó al general Urbiztondo que se opusiese á la entrada de Maroto en Tolosa, á cuyo efecto el obispo de Leon, primer ministro, ordenaba á los tercios del país vascongado que se pusiesen sobre las armas, no eran suficientes, pronto lo conocieron, aquellos arranques de facticia energía, para oponerse á la numerosa fuerza organizada que conducía Maroto; tardía, pero triste reflexion, que bastó para motivar que se diesen á Urbiztondo instrucciones reservadas, autorizándole á tratar y á reducir á la obediencia al rebelde.

Requerido el general pronunciado á efecto de que detuviese su marcha, se negó terminantemente á ello, declarando á Urbiztondo ser su irrevocable propósito continuar su camino y llegar aquella misma noche al cuartel real. En vista de la tenaz resolución de Maroto, y atento al espíritu de las instrucciones que le prescribían evitar un conflicto armado, hizo Urbiztondo retirar las tropas que lo acompañaban, sustituyendo al arriesgado, cuanto inútil medio de apelar á las armas en la situación en que se hallaba colocado, el de abrir negociaciones amistosas con su compañero de armas. En virtud de la mision que don Carlos le había conferido, preguntó Urbiztondo al que con el título de jefe de estado mayor era dueño del ejército, ¿qué se proponía, qué objeto llevaba continuando

su marcha contra los deseos del monarca? Contestóle Maroto que le movía el anhelo de que se le levantase la infame nota que contra él lanzaba el manifiesto, y que además exigía fuesen confinadas á un castillo las personas cuya separacion de la corte tenía pedida á don Carlos.

En vano trató Urbiztondo de hacer desistir á Maroto de su propósito, y convencido de que serian inútiles todos los esfuerzos para detener su marcha, dió parte desde Alegría, con fecha del 23, al ministro de la Guerra, de lo crítico de la situación, anunciando que se replegaba en direccion del cuartel real.

Interin así obraba el comisionado régio, Maroto se hacia preceder ante don Carlos por sus enviados el conde de Negri, el general Silvestre y el coronel Izarbe, encargados de exponer los poderosos motivos que lo habían obligado á los terribles actos de Estella; al mismo tiempo que tranquilizasen á S. M. respecto al profundo acatamiento del general y de su ejército á la sagrada persona de don Carlos. Lo que de labios del cuitado príncipe oyeron los comisionados, los puso en el caso de asegurar á Maroto, al darle cuenta de su mision, que á todo se avenia el antes irritado príncipe, con tal que el general aplacase su enojo contra los de la camarilla.

De la disposicion de ánimo en que se hallaba el Pretendiente y de la índole de su carácter, da mas que suficiente idea lo que en sus memorias refiere el general Urbiztondo acerca de la conversacion que con el príncipe tuvo al darle cuenta del desempeño de su comision. Lamentábase amargamente don Carlos del ultraje que su autoridad había recibido de resultados de la conducta observada por Maroto, y mas affigido, si cabe, se mostraba de la injusticia con que se perseguía al obispo de Leon y á sus amigos. Observando Urbiztondo que lo que mas preocupaba á don Carlos era el peligro que á estos amenazaba, tomó sobre sí, para tranquilizar al príncipe, el asegurarle que él respondía de que Maroto no fusilaría á los que don Carlos miraba con tanta predileccion, siempre que este consintiese en expulsarlos á Francia. Dando muestras de contento aceptó don Carlos el compromiso, y se mostraba dispuesto á que se pusiese por obra, cuando presentóse de nuevo en el cuartel real el conde de Negri, portador de la lista de los proscritos, compuesta, de las personas siguientes:

El obispo de Leon.—General don José Mazarrasa.—General don Francisco Vivanco.—General don Basilio Antonio García.—Coronel don Antonio Jesus Serradilla.—Coronel don Fabian de las Herrerías.—Don José Lamas Pardo.—Don José Arias Teijeiro.—Don Luis Antonio Orellana.—Don Diego Miguel García.—Don Antonio Suarez.—Don Pedro Alcántara Díaz de Labandero.—General don José de Uranga.—Fray Ignacio Lár-raga.—Don Celestino Martinez de Celis.—Don José María Aguillo.—Don Juan José Lasuen.—Don Lorenzo Solana.—Don José Teijeiro.—Don Ramon Pecondon.—Don Roque Fernandez.—Doña Jacinta Soñanes de Velasco.—Don Pedro Monge.

Segun asegura el bien enterado autor de la *Historia de la guerra civil*, Arizaga y Huguet de San Silvain fueron los que formaron la relacion puesta en manos de don Carlos, escrita de letra y puño del primero y copiada por el secretario de campaña de Maroto don Wenceslao de Castro.

La lista de proscripcion comprendía tambien las siguientes personas que lograron ponerse en salvo:

Don José Alvarez Arias.—Don Nicanor Labandero.—Don Juan Echavarría.—Don José Ochoa de Olza.—Don Juan José Aguirre.—Don Teodoro Gelos.—Don Florencio Sanz.—Don Juan Manuel Balmaseda.—El auditor Pereda.—Don Antonio Neira.—Don Ramon Allo.—El cura de Ayegui.—Don Joaquin Cadenas.—Don Juan Piñol.

El general Urbiztondo, el coronel don Leandro Eguía y el teniente coronel don Rafael Erausquin, fueron los encargados de conducir á los desterrados á la frontera, custodiados por una compañía alavesa.

Cuando Arizaga, Huguet y Negri llegaron al cuartel real con las listas confeccionadas, todos los comprendidos en ellas habían huido, dejando á don Carlos solo con sus criados. Encontráronlo resignado y paciente Arizaga y los comisionados de Maroto, y prestóse el príncipe sin la menor dificultad á

que el primero redactase un oficio ó manifiesto en el que aquel declaraba que, constantemente animado por los principios de justicia y rectitud que había procurado caracterizasen todos los actos de su soberanía, no había podido dejar de ser altamente sorprendido, cuando con nuevos antecedentes y leales informes le habían convencido de que Maroto había obrado en la plenitud de sus atribuciones y guiado por los sentimientos de amor y fidelidad que tenía tan acreditados en favor de su justa causa; que se hallaba penetrado de que siniestras miras fundadas en equivocados conceptos, cuando no hubiesen nacido de una criminal malicia, si pudieron ofrecer á su régia confianza hechos exagerados y traducidos con nociva intencion, no debía permitir corriera por mas tiempo sin la reparacion debida al honor mancillado de dicho general; por lo que aprobando las providencias que había adoptado, quería continuase, como antes, á la cabeza de su valiente ejército, esperando de su acendrada lealtad y patriotismo que, si bien había podido resentirse de una declaracion ofensiva, esta debía terminar con la seguridad de haber recobrado el general su real gracia y reivindicando su reputacion injuriada: declaraba asimismo don Carlos que quería que se recogiesen y quemasen todos los ejemplares del manifiesto publicado y que en su lugar se imprimiese y circulase aquella su expresa soberana voluntad, dándose por órden en la general del ejército, y leyéndose por tres dias consecutivos al frente de los batallones. La real órden que acabamos de resumir fué dirigida á Maroto desde Villafranca en 24 de febrero por don Luis García Puente, secretario de don Carlos, que el boletín oficial de aquel mismo dia nombraba provisionalmente para el despacho de Guerra, al mismo tiempo que el de Estado quedaba á cargo de don Paulino Ramirez de la Piscina.

El mismo boletín del cuartel real, que inserta estos documentos, encomiaba el feliz desenlace de acontecimientos que afirmaba haber sido recibidos por los pueblos con un entusiasmo y un júbilo del que jamás se había visto ejemplo.

Aunque la historia seriamente escrita debe ser sobria de reflexiones de parte de sus autores, incumbe á estos el deber moral de caracterizar los hechos de los que se desprende una enseñanza de la que fuera culpable privar á la posteridad.

Los representantes de las dos ramas de la casa de Borbon, cuyos disputados derechos han ensangrentado tan frecuentemente nuestro suelo desde principios del presente siglo, se han encontrado, á corto intervalo unos de otros, en la análoga situacion de ser compelidos por la fuerza á sancionar lo que era contrario á su voluntad y á su derecho. Hemos visto á María Cristina el día 13 de agosto de 1836 cohibida en el palacio de San Ildefonso, sucumbir á las groseras exigencias de una soldadesca desenfadada, y presente deben tener nuestros lectores la dignidad, la firmeza y la noble resignacion con que, cubierta su responsabilidad por la opinion de sus ministros y el parecer de los embajadores de los dos gabinetes sus aliados, suscribió á lo que ya no tenia remedio, toda vez que su persona y la de su hija se hallaban en poder de los sublevados.

Muy diferente fué en el real de Villafranca la actitud de don Carlos, cediendo por puro miedo á la imperiosa voluntad de un general que acababa de mancharse con una serie de crímenes inexcusables; y como si lo menguado que aparece el carácter del Pretendiente en una circunstancia en la que un príncipe, que no hubiese dado á conocer su absoluta nulidad en los seis años que llevaba de mando, y muy principalmente en la expedicion que capitaneó á Castilla, habría podido levantar tan alto su nombradía ante la historia, debiese ser trasmisible con su sangre en la persona de sus hijos, la conducta del conde de Montemolin y de su hermano en San Carlos de la Rápita, acabaría de poner de manifiesto cuán inferiores han sido á la alta mision de restauradores de la monarquía tradicional, los príncipes que tan palpables pruebas han dado de carecer de las condiciones propias de la empresa de restaurar dinastía, la mas difícil de dar realizada con éxito duradero segun la historia lo tiene acreditado.

Como consecuencia natural del cambio de situacion, los generales que habían sido encausados por el partido caído, en cuyo caso se hallaban Gomez, Elio, Zaratégui y sus compa-

ñeros, fueron llamados de nuevo al servicio y anulados los procesos incoados contra ellos. El mismo dia en que se publicaron los decretos á que acabamos de hacer referencia, verificóse la presentacion de Maroto á don Carlos, quien nada dijo á su jefe de estado mayor sobre los sucesos de Estella y actos posteriores. Inmediatamente despues de la visita montó don Carlos á caballo y se dirigió á Tolosa á pasar revista al ejército, que lo recibió silencioso, contrastando aquella indiferencia con las ruidosas aclamaciones de que fué objeto Maroto al dirigirse aquella tarde á Valmaseda.

El nuevo ministerio, inspirado por Maroto, é instrumento suyo, á la manera, aunque no por los mismos medios, que el gabinete Arrazola-Alaix lo había sido de Espartero, admitió en su seno, en clase de consultor, al padre Cirilo Alameda, gran cortesano del dios Exito y que en su larga y accidentada carrera jamás se equivocó sobre de qué parte estarían los vencedores.

Creó Maroto deber acabar de saborear su triunfo dando al ejército y al país vascongado una larga proclama con pretensiones de manifiesto, á la vez expositivo y apologético de lo que acababa de hacer. No estuvo felizmente inspirado al escribirla, y si su conducta no debiese descansar en otros fundamentos que los expuestos en su alocucion, no tendrían disculpa ni agarradero los defensores de aquel general, quien insultó á los vencidos, infamando á sus víctimas, al mismo tiempo que tiene la vanagloria de decir que había asegurado para siempre el triunfo de la causa carlista.

No podía menos, el caudillo de las tropas de la Reina, de tratar de aprovecharse de sucesos que tan propicios debían ser para la causa cuya defensa le estaba confiada.

Entre los diferentes planes de campaña, que se creyó en el caso de poder adoptar, dió la preferencia al de dirigir las operaciones sobre la derecha de la línea enemiga, con ánimo de oponer una decisiva barrera á los progresos que en direccion de las montañas de Santander y de Asturias podían hacer los carlistas, sobre los que era muy difícil obtener ventajas de consideracion en las provincias Vascongadas y en Navarra. En su consecuencia sometió Espartero su plan al gobierno, por el que le fué otorgada carta blanca para que obrase siguiendo los impulsos de su propio criterio.

Segun este, y toda vez que el ejército no era bastante numeroso para intentar, como habría sido lo mas decisivo, la ocupacion militar del territorio y de los puntos fuertes en posesion del enemigo, resolvió Espartero adoptar un sistema continuado de devastacion ó de *razzias* de las comarcas ocupadas por los carlistas ó colindantes con nuestras líneas, ataques dirigidos á destruir las cosechas y á apoderarse de los ganados, con lo que, además de privar de recursos á aquellos, se acrecentarian los deseos de paz que era ya sabido abrigaban los pueblos, cansados del peso y de las vejaciones de la guerra.

Dió principio á sus operaciones el ejército al comenzar el mes de abril, dirigiéndose á los puntos fortificados de Ramales y de Guardamino, situados en la antes indicada direccion de la derecha de la línea enemiga, empresa para la que oponian muy serias dificultades la naturaleza del terreno y la elevada posicion de los fuertes, de que se quería apoderar. Era indispensable que Espartero llevase artillería de sitio, cuyo transporte requeria arduos trabajos del cuerpo de zapadores, toda vez que no siendo posible hacer pasar los trenes por la carretera de Soba, había que llevar las piezas por la Peña del Moro y la del Mazo, terreno que necesitaba, al mismo tiempo que de bastante mano de obra, proteger por medio de las armas los trabajos de los ingenieros y zapadores, preliminar al que oponían obstáculos no fáciles de vencer, las posiciones ocupadas por los carlistas, cuyos fuegos perturbaban las operaciones de sitio.

A fin de ampararlas, el general O'Donnell, jefe de E. M. del ejército, movió las fuerzas necesarias por la parte de la Peña del Moro, al mismo tiempo que el general Castañeda operaba análogo movimiento en direccion del Mazo; interin el general en jefe, con una brigada de cazadores, se situó en reserva sobre el camino de Nestosa á Ramales.

Vivísimo fué el combate que tuvieron que sostener las tro-

pas protectoras de las obras de sitio. El terreno intermedio entre la línea de ataque y la de defensa era cortado, lleno de barrancos y precipicios, y tan continuo el fuego del cañon enemigo desde los fuertes, que retardaba necesariamente el avance de nuestras tropas, lo que obligó á Espartero á poner nuevas piezas en batería, cuyos incesantes disparos durante siete horas consecutivas hicieron callar los fuegos de los cañones de los fuertes.

El resto de la operacion de aquel dia, que lo era el del cumpleaños de la Reina gobernadora, fué mirado como un triunfo por los defensores de esta, con cuyo motivo dirigió Espartero á sus soldados la siguiente animada orden del dia:

«Soldados: llegó el dia en que vuestro general en jefe, despues de allanados parte de los obstáculos puestos por el cobarde enemigo, y de examinar personalmente en todas direcciones el paso mas ventajoso para penetrar su línea, os proporcionase la gloria de vencerla. Estas rocas formidables donde los rebeldes encastillados se creian seguros, han sido dominadas por vuestro valor y ellos lanzados con ignominia. Esos desfiladeros donde esperaban fueseis sepultados, sin mas que desprender moles de piedra, han quedado expeditos. Esa cueva, inexpugnable para soldados de otro temple, fué ocupada, quedando prisionera su guarnicion y en nuestro poder la pieza de artillería que enfilaba la carretera. En fin, todo ha cedido hoy á vuestro heroismo peleando desde la mañana hasta la noche. Compañeros de glorias y peligros: otros nuevos triunfos os aguardan; el país que pisamos es una serie de posiciones formidables y los nuevos obstáculos descubiertos son el escudo de vuestros débiles adversarios. Todo lo venceremos hasta completar su ignominia. El cumpleaños de la augusta Reina gobernadora lo habeis vuelto á señalar con la victoria. A esta se seguirán otras no menos brillantes, y la patria y la Reina premiarán tan heróicos esfuerzos y tan nobles sacrificios, siendo eterno el reconocimiento y el amor que os profesa vuestro general, *Espartero*.»

Era el mas ardiente deseo del general en jefe atraer á Maroto á batalla campal que no aceptó el último manteniéndose al abrigo de las posiciones, en las que no podia ser buscado sino con desventaja para el agresor. Mas no logrando Espartero traer á su contrario á medir sus armas fuera del amparo de sus desfiladeros y resuelto aquel á llevar á término su propósito de hacerse dueño de los dos puntos fortificados á cuyo frente se hallaba, el 27 reconcentra sus fuerzas dando vista á Ramales y á Guardamino. Un temporal deshecho interrumpe los trabajos de los ingenieros. La continuacion del mal tiempo y lo difícil de establecer con seguridad las baterías de brecha en terreno tan accidentado y que domina el fuego de los fuertes, no pudo menos de retardar las operaciones de sitio.

Un accidente imprevisto produjo el 1.º de mayo una novedad favorable á las armas de la Reina. Reventaron en el fuerte de Guardamino unos malos cañones de hierro, cuya explosion derrumbó parte de las defensas y causó la muerte de no pocos artilleros, de cuyas resultas quedó la plaza en detestables condiciones; peligro que obligó á Maroto á enviar refuerzos á Guardamino. Además y para levantar el ánimo de sus soldados, dirigióles el siguiente dia 2 una estudiada orden del dia en la que ponía en las nubes á su poco menos que cautivo Rey, al que representaba como altamente satisfecho del heroismo de sus voluntarios, á los que le autorizaba á premiar con larga mano, pero añadía el general que sería en extremo severo con los que por cobardía rehuyesen los peligros.

El dia 3 todavía continuaba el fuerte temporal, cuando por algunos pasados del campo enemigo se recibieron las primeras noticias de las ventajas obtenidas en Navarra por Diego Leon, que acababa de apoderarse del fuerte artillado de Belascoain.

A despecho del rigor de la estacion, cuya inclemencia seguia, la constancia de Espartero y la resignacion de nuestros ingenieros y zapadores continuaba sin descanso los trabajos de sitio. Construíanse fagnas y cestones y hacíanse trabajos que la naturaleza del terreno dificultaba á cada paso. Todavía el dia 6, no obstante lo fuerte del aguacero, los cuerpos facul-

tativos trabajaron sin descanso, y el 7 dispuso Espartero que viniesen de Nestosa piezas de grueso calibre.

El dia 8, y despreciando el nutrido fuego del enemigo, se construyeron dos nuevas baterías de brecha, cuyos disparos incendiaron el pueblo de Ramales, y continuaron dirigiendo sus certeros tiros contra el tambor y casas fuertes situadas á ambos costados de la poblacion.

Aprovechando el desconcierto del enemigo, avanzaron las compañías de cazadores, á las que siguieron algunos batallones y el cuartel general, alojándose todos en la poblacion. En los dos siguientes dias los fuegos fueron dirigidos contra Guardamino, aumentando las penalidades del sitio la continuacion del temporal de aguas, y los fuegos del enemigo, que retardaban la aproximacion de las baterías de brecha. No obstante tan multiplicados y serios obstáculos, no quiso Espartero retardar por mas tiempo el avance de sus columnas, á las que opusieron los carlistas tenaz defensa. Acudió el general Castañeda en ayuda de las fuerzas empeñadas, sin que su oportuna llegada paralizase el ardor de los carlistas que, rehechos, cargaron resueltamente sobre los agresores, hallándose la lid sumamente comprometida; cuando, siguiendo su inveterada costumbre, el general en jefe, á la cabeza de su escolta, se precipitó cual rayo de la guerra, arrebatando con su presencia al enemigo toda la esperanza de poder resistir con éxito.

Sangriento fué el encuentro, del que salieron heridos varios ayudantes de Espartero, habiéndolo sido mortalmente el jefe de su escolta, el coronel don José Urbina, condiscípulo y amigo del que tiene en este momento el dolor de conmemorar su gloriosa muerte.

Merced á tanto esfuerzo y á la participacion que en la última faz de la contienda tomó el jefe de E. M. don Leopoldo O'Donnell y la division de la guardia real, que convenientemente situada, observaba á Maroto, que permaneció sin abandonar su posicion del valle de Carranza; quedó circunvalado todo el fuerte de Guardamino. Sobre el terreno conquistado ordenó Espartero que en la noche del 11 se construyesen nuevas baterías de brecha, pero al amanecer del siguiente dia recibía la siguiente comunicacion de Maroto que este fechaba *del campo del honor* y en la que decía: «Si dispone V. que se suspendan las hostilidades contra el fuerte de Ramales y deja salir en clase de prisioneros á sus defensores, mandaré su evacuacion, y remitiré al punto que V. señale un número igual de los que tenemos en nuestros depósitos. Hago á V. esta proposicion, deseando que la contienda relativa al referido punto se concluya sin mas costa de sangre española.»

La contestacion del general Espartero fué la siguiente: «Por los sentimientos de humanidad de que estoy animado, propuse ayer al gobernador del fuerte de Guardamino que lo rindiese bajo las condiciones que V. me indica en su oficio, que acabo de recibir. Por los mismos sentimientos estoy aun pronto á mandar cesar las hostilidades contra dicho fuerte, siempre que mande V. la orden para que se entregue prisionera su guarnicion, la que será preferida para el canje en el momento en que se realice el de igual número de los pertenecientes á este ejército que se hallan en poder de V. Espero que la orden la mandará V. sin pérdida de momento para evitar la efusion de sangre, que en otro caso sería irremediable.»

A esta comunicacion contestó Maroto, en el mismo dia, en estos términos:

«Es adjunta la orden que V. en su oficio de este dia exige para que se entregue prisionera de guerra la guarnicion del fuerte de Guardamino, y convengo en todo lo demás que me manifiesta; pero una vez que hay tan poca diferencia entre lo que V. quiere y lo que yo propongo, quisiera merecerle se sirviese permitir el que desde luego la expresada guarnicion viniese á mi campo, seguro, como lo debe estar, de que mi promesa es sagrada y que será puntual en remitir igual número sin pérdida de momento, y en el que entrarán, si á V. le acomodase, los prisioneros que se hallan en mi poder, procedentes de estos dias.»

No obstante lo terminante de estas comunicaciones, el gobernador de Guardamino no se contentó con su exhibicion y exigió que comprabase la autenticidad de la orden de Maroto la presencia de un ayudante de este general, lo cual habiendo

tenido lugar en efecto, quedó el fuerte con su artillería, municiones, víveres y pertrechos en poder de las armas de la Reina. La guarnicion dejó los fusiles en pabellones, y, segun lo estipulado, marchó á su campo, juramentada á no tomar de nuevo las armas en la contienda, ínterin no fuesen canjeados.

Los resultados de la brillante campaña que sobre la izquierda de su línea acababa de efectuar Espartero, hizo temer á su contrario que la posesion por el vencedor de los puntos que acababa de conquistar le facilitasen un ataque de flanco y se resolvió á evacuar el valle de Carranza, teniendo al efecto que abandonar el fuerte de Molinar y la fundicion establecida por los carlistas en Guriezo. Compelido á resignarse á estas pérdidas, quiso Maroto consolar á los suyos y consolarse á sí mismo consignando en una pomposa alocucion que la defensa de Ramales y Guardamino habia rayado en heroismo, calificación á la que quiso dar realce el mismo don Carlos, resistiendo y agasajando á los soldados procedentes de Guardamino.

Evidentemente Maroto, que para sostener su posicion y justificar su anterior conducta necesitaba de victorias que no le era dado obtener, procuraba galvanizar, por medio de exterioridades y de apariencias, la debilidad de la causa que habia anunciado haria triunfar.

Tan evidente era cuánto esta causa iba perdiendo de su antiguo auge, que por aquellos dias aumentáronse considerablemente las deserciones del campo carlista al de Espartero; sintoma cuya gravedad tanto interés debió tener Maroto en neutralizar, que al efecto se valió de todos los medios capaces de influir sobre la opinion para infundir confianza á sus partidarios. Pero se acercaba el momento en que la derrota del carlismo habia de ser definitiva y no contribuian poco á ello los manejos y artes de Aviraneta, situado en Bayona, desde donde multiplicaba sus intrigas en el campo enemigo.

Maltratado en el oeste de su línea, pensó Maroto en precaverse contra eventuales contratiempos por la parte de Navarra, donde envió al general Elío, hijo del país y hombre cuyas bellas prendas eran generalmente apreciadas; pero habia decaído en el país la confianza y el entusiasmo que esterilizaron los esfuerzos de Mina para atraer á sus compatriotas á las banderas de la libertad y cabalmente la decadencia del espíritu carlista servia útilmente al afamado valor del general Diego Leon, á cuyo mando habia confiado Espartero las operaciones del reino de Navarra y de la ribera del Ebro. Eran dueños los carlistas de Belascoain, cuyas defensas habian aumentado, dotando su fuerte de suficiente número de piezas de artillería. Pero oportunamente provisto tambien de ellas el jefe liberal emprendió el sitio en toda regla, precediendo al establecimiento de baterías de brecha el ataque del pueblo, cuya toma á viva fuerza y por asalto señaló el denuedo de Diego Leon con actos de un arrojo personal que rayaron en lo fabuloso, habiendo dado el inaudito ejemplo de penetrar á caballo por la tronera de una batería. Tomado ya el pueblo, la rendicion del fuerte se obtuvo como inevitable consecuencia. Sucesivos y brillantes triunfos que autorizaron al glorioso *magister equitum* á dirigir á sus soldados, con fecha 1.º de mayo, una felicitacion ofreciéndoles los premios que habian merecido, y entre los que el gobierno y la opinion defirieron á Leon el de conde de Belascoain. A la toma definitiva de aquel fuerte siguió el rudo combate de Arroniz, en el que durante cinco horas de muy empeñada pelea, la suerte favoreció las armas de la Reina, no obstante el arrojo y bizarría que mostraron los carlistas y las acertadas disposiciones de Elío, jefe de mas mérito que fortuna. Cubrióse en aquella jornada de gloria el general don Manuel de la Concha, quien, atacado por tres batallones cuando solo disponia de tres compañías, supo electrizarlas en términos de hacer retroceder las superiores fuerzas que sobre él cargaban.

Durante la campaña de 1839 habia, por decirlo así, completado sus títulos á la celebridad don Martin Zurbarano, cuyos antecedentes son conocidos de los lectores. Su incansable actividad, la fecundidad de su estratagemas, sus frecuentes sorpresas, multiplicaron los hechos de armas de los que casi siempre salió victorioso. Extendia sus correrías por todo el territorio situado desde la Rioja alavesa á la Ribera y reino

de Navarra y, tanta era su vigilancia, que casi logró hacer que cesase el espionaje de que tanto partido sacaba el enemigo. A medida que crecia en la opinion la fama de Zurbarano, se acrecentaba la fuerza de que disponia, lo que, poniéndolo en situacion de rendir mayores servicios, acabó por hacerlo el favorito de los caudillos del partido progresista y muy particularmente de Espartero, quien supo discernir las dotes militares que incuestionablemente poseia el antiguo partidario.

En los dias que el ejército operaba sobre Ramales y Guardamino, el ex-escrIBANO Muñagorri, cuyas tentativas para alzar su bandera de paz y fueros no tuvieron el éxito que lisonjé al gobierno, expectativa de que tambien participó la diplomacia inglesa, logró el 19 de mayo, á la cabeza de los secuaces que le habian seguido á territorio francés, sorprender el fuerte de Urdax, en el que hizo prisioneros al coronel don Ciriaco Gil Caballero, al teniente coronel don Ignacio de Iribarren, cinco oficiales y veinte y tantos soldados; extraño suceso que dió lugar al singularísimo convenio, cuyo texto debe la historia á la diligencia del señor Pirala; documento que por su originalidad merece ser trascrito en la nota al pié (1).

Pero los progresos de Muñagorri necesitaban el apoyo de Espartero, que nunca quiso reconocer otra bandera que la de la Reina, y que sin negar á Muñagorri el derecho de hacer guerra á los carlistas, solo podia prestarle apoyo como súbdito, pero no como aliado del gobierno.

Desesperanzado Muñagorri de obtener proteccion de Espartero, presentóse de nuevo en Madrid y propuso al gobierno la formacion de una brigada compuesta de cuatro batallones de pasados carlistas, que, unidos á cuatro del ejército, podrian operar una muy útil diversion en favor de la causa nacional sacando partido de la enseña de paz y fueros, aun cuando estos debieran modificarse. Mas por aquel tiempo los hechos que habian de producir el convenio de Vergara se presentaban de manera que no era ya necesario el auxilio de Muñagorri.

La situacion que los sucesos y sus propios hechos habian creado para Maroto, puede decirse, empleando una vulgar pero significativa frase, que se le venia encima. Batido en su ala izquierda y tambien en Navarra, sin poder tomar la ofensiva y teniendo que acudir á muchos puntos con fuerzas inferiores, no encontró otro medio de hacer frente á sus perplejidades que el de solicitar de don Carlos la reunion de una junta de generales á fin de acordar en ella lo mas conveniente acerca del estado de la guerra y el interés de la causa.

Accedió el príncipe á la propuesta de su general y fueron convocados en Zornoza, el infante don Sebastian, el conde de Casa Eguía, Villareal, el director de artillería, Silvestre, Zariatigui, Latorre y Urbiztondo. Ante ellos expuso Maroto el estado de fuerzas disponibles para operaciones, las que, cubiertas las líneas y posiciones estratégicas, apenas excedian de ocho mil hombres; y reconocida que fué por todos la inferioridad numérica en que se encontraba el ejército para provocar, ni aun aceptar combates que pudiesen ser evitados, tomóse el acuerdo de no comprometer encuentros decisivos, limitándose á aprovechar las ocasiones que se ofreciesen de dañar al enemigo, plan de campaña que en último resultado venia á reducirse á no oponer otra defensa que la que permitiesen la

(1) Convenio entre el coronel comandante general de la frontera de España el gobernador de Urdax, comandante y oficiales del undécimo batallon de Navarra de una parte y don José Antonio Muñagorri jefe superior de la bandera de paz y fueros de la otra en la forma siguiente:

1.º Se declara que el fuerte se halla ocupado hoy por la expresada bandera de paz y fueros, que es el tercer partido formado con el objeto de que se reunan á él los dos partidos beligerantes y que se hallan en la clase de prisioneros de guerra en él el expresado señor coronel, el gobernador de Urdax, cinco oficiales y veintinueve individuos de la clase de tropa.

2.º Que tanto dicho señor coronel como el gobernador, oficiales y soldados hayan de quedar libres bajo la calidad de que igual número de gente de iguales graduaciones pertenecientes á la expresada bandera de paz y fueros cuando sea cogida prisionera, haya de quedar igualmente libre para venirse á donde mas convenga.

3.º Que el fuerte se desocupará por la gente de la expresada bandera y quedará como antes para los carlistas, suspendiendo las hostilidades de una y otra parte hasta tanto que se verifique.—En el fuerte de Olaburua de Urdax á 19 de mayo de 1839.—Siguen las firmas.